SANTIAGO

1850 - 1930

BIBLIOTECA NACIONAL
0411180

DOLMEN
EDICIONES

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación 10(31-70) INVESTIGADORES

Año Ed. 1997 Copia 1

Registro Seaco 183281

Registro Notis BAX2307

10/31-70)

SANTIAGO 1850-1930

ARCHIVO FOTOGRÁFICO
UNIVERSIDAD DE CHILE

SANTIAGO 1850 - 1930

SELECCIÓN FOTOGRÁFICA: JOSÉ MORENO
TEXTOS: MIGUEL LABORDE

DOLMEN
EDICIONES

183281

© Dolmen Ediciones S.A.

Inscripción Nº 102.130 de 1997

ISBN edición rústica: 956-201- 363-4

ISBN edición empastada: 956-201-349-9

Primera edición: Diciembre de 1997

Editado por Dolmen Ediciones S. A. Cirujano Guzmán 194 - Providencia

Derechos exclusivos, reservados para todos los paises.

Prohibida su reproducción total o parcial, para uso privado o colectivo,

por cualquier medio impreso o electrónico,

de acuerdo a las leyes 17.336, de 1970, y 18.443, de 1985.

Fotografías de páginas 29 y 65, gentileza del señor Douglas Pesce.

Fotografía de página 87, gentileza del señor Jorge Cuadra.

Fotografías de páginas 77, 80, 81, 89, 91, 93, 95, 103 y 111, gentileza

del Archivo Fotográfico de Chilectra.

Nuestro agradecimientos al

Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional.

Dirección Editorial y Diseño: Lucia Wormald D.

Fotomecánica: Escaneográfica S.A.

Impreso por Editora e Impresora Ograma S.A.

Impreso en Chile - Printed in Chile

Indice

9

Presentación

11

Santiago 1850 - 1930

Texto de Miguel Laborde

21

Santiago 1850 - 1930

Fotografías

117

Indice de Fotografías

PALABBRAS PRELIMINARES

El libro «Santiago 1850–1930», informa sobre un período esencial en la definición de Santiago como el mayor centro urbano del país. Las fotografías seleccionadas del archivo de la Universidad de Chile, unidas a la documentada crónica de Miguel Laborde, constituyen un importante aporte al conocimiento de nuestro desarrollo urbano y de las conductas culturales que han influido en la conformación de nuestras características de ciudad.

Las fotos de los lugares, tan recorridos por cada santiaguino, sorprenden e invitan a la comparación inevitable con el Santiago actual. En las imágenes que se nos presentan, la ciudad aún no ganaba altura y las construcciones dominantes eran de estilo colonial; las calles, que entonces figuran como inmensas avenidas despobladas, hoy día se hacen pequeñas para contener el tráfico de automóviles y la gente; el Cerro Santa Lucía se muestra como un inmenso peñón desértico al cual los años van revistiendo de forestación; los edificios de mayor señorío y potencia construidos en esos años aún están presentes, caracterizando el paisaje urbano de nuestra ciudad.

En tanto, la crónica de Laborde recuerda tendencias del pasado que aún se reproducen en nuestros criterios urbanísticos.

Como algo negativo y para la reflexión, aparece el descuido por la mantención de nuestras obras monumentales y el desprecio por el pasado histórico, cuyo máximo ejemplo fue la destrucción del Puente de Cal y Canto. Asimismo, podemos anotar la convivencia de estilos diversos –que aún observamos– en la proliferación indiscriminada y algo abigarrada de edificios y construcciones sin criterios de unidad urbanística. Y también, aunque obligadamente, la desaparición de espacios verdes en favor de los avances tecnológicos. Como ejemplo de esto último, es interesante comparar la Plaza Italia de l930, que llegaba hasta el Mapocho, con su actual diseño.

Felizmente la voluntad creadora de un Vicuña Mackenna y la creatividad arquitectónica de dos arquitectos franceses, a fines del siglo pasado dotaron a la ciudad de obras mayores que reflejaban adecuadamente una voluntad siempre presente de progresar en lo cultural y acompañar los avances de la civilización.

Como país de historia nueva en lo que a adelantos de la civilización actual se refiere, nuestras ciudades reflejan las tensiones entre la modernidad y el pasado, entre el conservadurismo y el progreso de sus calles, de sus edificios, de la organización de la vida pública, del comercio, del tiempo libre, de la cultura, no siempre logrando equilibrar la necesaria convivencia entre la historia y el progreso.

El testimonio mudo de las imágenes, siempre desata voces interiores, comparaciones, reflexiones, caminos entre el pasado, a veces tan actual, y el presente, a veces tan anacrónico; el texto lúcido e informado de Miguel Laborde ordena la reflexión, la orienta y entrega antecedentes de gran necesidad para alumbrar, desde la historia, nuestra actualidad.

Para quien quiera conocer nuestra ciudad este es un libro necesario.

Germán Quintana P.
Intendente de la Región Metropolitana

PRESENTACIÓN

La Universidad de Chile a través de su archivo fotográfico, es la conservadora de gran parte del patrimonio que damos a conocer en las páginas siguientes. Este archivo –creado en 1940– es una suerte de memoria, que atesora alrededor de quinientas mil fotografías y que se ha constituido en un conservador de nuestra historia a través de imágenes de la más variada índole.

Las fotografías aquí reunidas son parte de la exposición «La casa se llena de fotos», realizada en el invierno de 1995 por la Corporación de Graduados y Profesionales de la Universidad de Chile.

El libro está concebido como un recorrido por la ciudad de Santiago, a través del tiempo. El período que aquí se muestra –1850-1930– es relevante; Santiago se nos aparece –aún en 1850– como una ciudad fuertemente arraigada en lo colonial. Luego viene el empuje vital y renovador del Intendente Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1875), para luego observar el advenimiento de la «modernidad» con sus progresos y trastornos.

La remodelación de Vicuña Mackenna le dio a Santiago una relativa armonía arquitectónica y urbanística, con límites muy precisos. Luego de 1920, la ciudad comienza a desdibujarse debido a su expansión hacia las zonas periféricas.

En 1891 se promulga la ley de la Comuna Autónoma, que definió las primeras comunas de la región metropolitana, tales como Renca, Ñuñoa y Maipú. Paulatinamente vendrían las otras, generando así una trama urbana con un ritmo de crecimiento sostenido hasta nuestros días.

Estas fotografías nos hacen evocar un Santiago de principios de siglo, con sus calles adoquinadas y tranvías. Aparece un Santiago más provinciano, pero menos contaminado. Podemos apreciar la Alameda –desde la Plaza Italia hasta Estación Central– los Barrios de Santiago poniente, el Barrio Yungay, hoy nuevamente en boga, los edificios públicos, las plazas y parques donde transcurrieron hechos relevantes de nuestra historia.

En 1930 comienza a perfilarse en la zona céntrica de la ciudad una segunda remodelación, dándole una nueva fisonomía; de allí entonces que este recorrido que hoy presentamos abarque sólo los ochenta años que van desde 1850-1930.

La fotografía como documento de registro, como testimonio de lo visto y vivido, constituye una fuente para la investigación de un valor incalculable, pues nos entrega una dimensión vital de la ciudad: sus calles, edificios y personajes.

Las imágenes del pasado aquí expuestas dan cuenta de un patrimonio cultural que es necesario apreciar y conservar, pues constituye un factor fundamental de identidad.

Ximena Azúa
Universidad de Chile

SANTIAGO 1850-1930

El impulso de Manuel Montt

En 1850, la capital de Chile es poco más que una aldea colonial; como tanta villa española es una ciudad pequeña, digna y compuesta, con su Iglesia Catedral, algunos monasterios y conventos, y tres o cuatro mansiones que aspiran a ser consideradas «palacios».

En la Plaza de Armas todavía puede verse una casa de un sólo piso, de adobe y tejas, entre el viejo Cabildo y una galería comercial de amplios arcos, donde se instalan los vendedores al abrigo de la lluvia o a salvo del duro sol. Apenas tiene una fuente central la plaza, y perdura el recuerdo de la horca de los ajusticiados que antes tenía el Cabildo a su puerta. Pero todo habría de cambiar muy pronto.

Manuel Montt, luego de ser ministro en el decenio de Manuel Bulnes, está próximo a acceder a la Presidencia de la República. Es un genio. Ya ha instalado a Andrés Bello de Rector de la Universidad de Chile, a Antonio Varas en el Instituto Nacional, a Domingo Faustino Sarmiento en la Escuela Normal de Preceptores, trayendo además a sabios europeos. Ha comenzado el ascenso cultural de Chile. Como Presidente por diez años, culminará el proceso que hará del país una nación apegada al orden y la ley, la educación y la cultura.

La colonización alemana, el ferrocarril, el telégrafo, la navegación a vapor por el Estrecho de Magallanes hasta Europa, todo es muestra de un nuevo dinamismo. El Museo Nacional, el Observatorio Astronómico, la duplicación de las escuelas chilenas, las bibliotecas públicas, complementan su sueño de ciencia y cultura unidas.

Recién ha llegado a Chile –1849– el primero de los arquitectos franceses que traerá el gobierno, y la aldea irá cambiando de aspecto. Se trata de Claude François Brunet des Baines, quien será el autor de la pequeña Iglesia de la Veracruz, pero también, en 1853, del elegante Pasaje Bulnes –demolido– que avanzaba desde la Plaza de Armas hacia el sur.

Ese mismo año Montt le encarga el Teatro Municipal, cuyos planos Brunet hará revisar por Charles Garnier, el célebre autor de La Opera de París y del Casino de Montecarlo. Un incendio en 1870 obligará a reconstruirlo, haciéndole algunas modificaciones.

Manuel Montt no piensa la ciudad dividida en barrios o sectores. Lo que le interesa, y logra, es que los espacios requeridos para la cultura sean construidos. De ahí que, a pesar de estos avances del neoclasicismo francés –incluso a la moda del momento, con el Segundo Imperio «à la Garnier»– vemos que mucho después, en 1870, el Edificio del Cabildo diseñado por Toesca en plena Plaza de Armas,

seguirá siendo un neoclásico colonial.
Lo que no era una desgracia, por supuesto. Tenía una belleza secular, local, que hasta hoy conservan algunas grandes ciudades andinas, como La Paz, Quito o Santafé de Bogotá. Hay una pureza de líneas, un encanto espontáneo, provinciano, que es notable. Es una obra neoclásica, pero también latinoamericana: un acierto de Joaquín Toesca, que había ganado el concurso respectivo en 1790.
Pero el afrancesamiento no permitiría que esa imagen perdurara mucho más. En cambio, va a permanecer el Palacio de la Real Aduana porque, aunque también era obra colonial, y se nota la influencia de Toesca en el autor –ingeniero Miguel de Atero– es una obra más clásica, más «europea».

Donde más se va a advertir el desprecio por el pasado y la obsesión por lo francés, es en la destrucción del Puente de Cal y Canto, la monumental joya de las obras públicas españolas, el logro mayor del testarudo Corregidor Zañartu. Ni siquiera un personaje afrancesado de la época, Luis Orrego Luco, podía creer que, con el pretexto de canalizar el Mapocho, se destruyera el puente «de elegante silueta, muy semejante al famoso Acueducto de Segovia, en España». Había sido el antecesor de Montt –Bulnes, en 1846– el que había instalado las oficinas presidenciales en el Palacio de la Moneda,

trasladándose con su esposa, la joven y hermosa hija del Presidente Pinto, aunque él y varios sucesores debieron compartir el espacio con los talleres de acuñación de moneda, que ahí permanecieron varias décadas. Con breve plazoleta al frente y árboles en su fachada, el aspecto era también provinciano, apacible. Más de algún historiador lo consideró el mejor palacio civil que la Corona de España levantara en las Américas. El entorno se advierte culto y proporcionado.

La marca de Vicuña Mackenna

En 1880, la célebre acera norte de la Plaza de Armas, está a punto de

«actualizarse». La esquina izquierda, donde estuvieran la casa de Pedro de Valdivia, luego el Palacio de los Gobernadores y la residencia de los Presidentes hasta 1846, será demolida para levantar el Correo Central.
El Palacio de la Real Audiencia, abandonado por el gobierno desde su traslado a la Moneda, serviría de Contraloría, Tesorería, Telégrafos del Estado –los que Montt inaugura en 1852, siendo Chile el primer país sudamericano en tenerlos– e Intendencia. La imponente torre era también hija del afrancesamiento: aquí tuvo sus oficinas Benjamín Vicuña Mackenna, en su período de Intendente, y fue él quien la hizo agregar. Era un símbolo del nuevo espíritu, del sueño que trajo de París, de su decisión de que la capital de Chile se alzara sin vergüenza ante las ciudades europeas. En todo caso, tuvo éxito. Y mucho de lo que veremos surgir en el fin de siglo será obra suya, o de amigos suyos como Luis Cousiño y Maximiano Errázuriz.

La Plaza de Armas, como se advierte en ese año, aún no alcanza una arborización madura, pero va camino de asimilarse a las francesas, abandonando el modelo hispánico de superficie dura, que mantiene, por ejemplo, la Plaza Bolívar de Bogotá. A su favor, en la imagen se lee un gusto por el verde, típico de esos años de tantos parques, plazas y jardines notables. El sol es cosa seria y de ahí que en la fachada oriente se construyera una larga galería comercial donde el público puede comprar a la sombra en verano y protegido de la lluvia en el invierno, solución que crecería luego en galerías y pasajes al interior de las manzanas. Lo mismo podemos decir del Portal Fernández Concha, majestuoso orgullo de la ciudad, en el que se instalarían –en los altos– hoteles de primera categoría.

Luego de seis años en Chile, Brunet des Baines ha partido, en 1855. Quien lo reemplaza es un compatriota suyo, Lucien Henàult, más mundano que su antecesor, pero de una personalidad ideal para la época. El Palacio Pereira, la Universidad de Chile, el Palacio Larraín, dan cuenta de su talento. Coleccionista de arte y anticuario, trajo al país más de un centenar de telas y muebles antiguos, incidiendo fuertemente en la sociedad chilena, como verdadero árbitro de la moda.

El Teatro Municipal, que se incendiara, lo rediseña Henàult con respeto hacia la propuesta original de Brunet des Baines. Todo en magnitudes menores que las que ocuparan ellos mismos en París, porque aquí la escala es menor y, por otra parte, requiere solidez horizontal frente a los sismos.

Las casas coloniales, de grueso portón o con pilar de esquina, satisfacen el gusto de hoy: es una imagen romántica. Pero no era el sueño de la época, y mucho sufrieron nuestros conciudadanos de entonces cuando un viajero, despectivo, dijo que Santiago era un trozo de París incrustado en una aldea de indios.

En Calle Lastarria, en la Calle Carmen donde la torre neogótica que diseñara Fermín Vivaceta parecía un extraño dinosaurio, en San Isidro, todo a pasos del centro, se ven casas que podrían estar en Chimbarongo o en cualquier otro pueblito de sabor turístico, aldeano.

Lo que debe celebrarse, tanto en Brunet como en Henàult, es que fueron considerados, armónicos con el entorno urbano. Así como el Teatro

Municipal del primero, la Universidad de Chile del segundo es perfectamente proporcionada, discreta, de un señorío austero que era entonces muy santiaguino. No fueron invasores; eran buenos arquitectos.

Eran los santiaguinos los que no aceptaban su paisaje, su territorio. Paseando en 1890 por la Calle de Ahumada –que era de comercio elegante desde que Vicuña Mackenna la adoquinara– podía uno comprar rapé inglés en la Droguería Italiana, un piano Steinway donde el alemán Otto Becker, o finísimo té chino en el almacén de Wing Ong Chong. Los niños caminaban extasiados por los aromas exóticos, ultramarinos, aunque se aterraran frente a una mercería que exhibía una imagen de San Pedro con sus llaves: ¿Y si los mandaba al infierno? Tendrían que rezar más en la misa del domingo.

La Iglesia de San Francisco, heroica sobreviviente de una ciudad tan azotada por lo sismos, había sido también marcada por la marea neoclasicista, aunque discretamente, por la torre que le agregara Fermín Vivaceta en 1860. Aunque en un barrio modesto, la forestación y ornato del cercano Cerro de Santa Lucía ya le estaba atrayendo un vecindario de más recursos y su misa dominical se había prestigiado.

Y es que el Cerro de Santa Lucía, formado por Vicuña Mackenna en 1872, veinte años después tenía ya una vegetación capaz de ocultar –en gran parte– las heridas causadas al peñón en los siglos en que se usó como cantera. Tal como lo quiso «el intendente poeta», las diversas y fantasiosas construcciones parecían propias del reino de la imaginación. Todo como sacado de un cuento europeo tradicional... y también el escenario para el nuevo Chile. Ni en la capital chilena, ni en la francesa, se quería advertir que con la realidad industrial, la explosión urbana, las masas sociales, otro mundo despuntaba ya en el horizonte.

El otro gran proyecto de Vicuña Mackenna, ese Camino de Cintura que rodearía la ciudad dejando al interior la ciudad «europea y culta», y fuera de ella las covachas miserables e incontrolables –«el potrero de la muerte»– tendrá su mejor expresión en la avenida oriental, la que lleva su nombre, Vicuña Mackenna, y la del sur, llamada Avenida Matta, que hacia 1890 era capaz ya de ofrecer un paseo pulcro aunque sin árboles maduros todavía.

A todo esto, los Jesuitas habían regresado a Chile –también al mediar el siglo– y habían recobrado su presencia en la educación nacional;

instalados en un barrio en auge, con su colegio y su templo, éste –la Iglesia de San Ignacio– se convertiría en el centro de la misa dominical elegante, de conspicuos matrimonios, e hito de un sector donde las calles quedaron con nombres de jesuitas ilustres: Alonso Ovalle, Olivares, Vidaurre, Lacunza... Obra de Eusebio Chelli, se terminó en el mítico año de 1872 –el año del Santa Lucía, del Palacio Errázuriz (Embajada de Brasil)...– aunque fue el francés Eugenio Joannon el autor de sus torres.

En 1890 aún no estaba terminada la Estación Central. Iniciada cinco años antes, ya contaba con sus accesos laterales de neoclásica imagen, en los que se abrían las boleterías, pero faltaba desde Francia la gran estructura metálica que la cubriría, funcionando con dos provisorias, entretanto.

Al acercarse el fin de siglo, aún es posible encontar rincones tan

pintorescos como el Barrio Lastarria que, a pesar de la Iglesia de la Veracruz diseñada por Brunet des Baines, que deja ver su albañilería de ladrillo, sigue ofreciendo el adobe, la teja y la viga de madera. Igual que tres siglos atrás.

Por supuesto, no es la imagen que aparece en el centro, donde especialmente las calles que pasan por la Plaza de Armas exhiben estantes, iluminación, e incluso decoración de vitrinas que se anuncian iguales a las de Londres o París.

Otra obra relacionada con Vicuña Mackenna, quien fue un maestro en el arte de los eventos, es el Mercado Central, encargado con anterioridad, pero que le tocó inaugurar en el célebre 1872, lo que hizo con una histórica Exposición Nacional, en que Chile mostró a Chile sus logros y adelantos, historia y geografía, industria y comercio.

Santiago hacia el Centenario

Al aproximarse el primer siglo de vida republicana, una energía nueva

invadió la ciudad. La obra de Emil Jecquier, un chileno de familia francesa y formado en París, es notable y definitiva en esta época: Palacio de Bellas Artes, Estación Mapocho, Bolsa de Comercio, Universidad Católica, son todas y cada una obras que dejarán una impronta, una huella imborrable en la capital. No podemos imaginar Santiago sin ellas.

Majestuosa es la Universidad, la que deja traslucir el poder del conocimiento y la eterna solidez de las instituciones que lo cultivan; hay refinamiento estético, delicado, en el Bellas Artes; una proa ofrece la Bolsa

de Comercio, como símbolo de la energía indomable de las empresas cuyas acciones se transan en ella... Todo refleja una soltura, una flexibilidad, que asombran. Jecquier fue una suerte para el país. Pero, es preciso reconocerlo, tuvo encargos y muchos. La ciudad quería estar preparada para el Centenario de 1910, y Jecquier era entonces el arquitecto más destacado en Chile. Como se sabe, tanto el Museo de Bellas Artes como la Estación Mapocho se querían inaugurar en las Fiestas Patrias de ese año histórico.

Había que proceder con rapidez. Germán Riesco Errázuriz y luego Pedro Montt -dos vástagos de familias presidenciales- asumieron la tarea de recibir con dignidad a los dignatarios que vendrían, y también a la prensa mundial que tal vez llevaría en esos días la imagen de Chile a todo el mundo. Por lo tanto, y la sociedad chilena los siguió, había que invertir en la urbe, alcanzar la altura celestial de una ciudad civilizada –léase europea– y lo hicieron, respaldados por el poder del salitre cuyo comercio mundial manejaba el Chile de entonces.

Enumera el historiador Leopoldo Castedo: «Entre 1903 y1909 se trazaron y levantaron la armónica plaza del Teatro Municipal, el Museo de Bellas

Artes, el Palacio de los Tribunales, el Edificio Krauss en la Plaza de Armas, el Edificio de Gath y Chaves en la calle Estado, y la bella Estación Providencia del ferrocarril al Cajón del Maipo...»

Agreguemos que en 1902 el Correo Central inaugura una espectacular fachada renacentista, que es obra de Eduardo Fehrman, cuya riqueza ornamental colma de orgullo y placer a los santiaguinos del nuevo siglo.

En Agustinas, en Ejército, crecen las mansiones de estilo, la arquitectura neoclásica es como la propia de la ciudad, culminando hacia el poniente en el notable Portal Edwards, con un restorán que será atracción de la ciudad y en cuyo bar terminarán muchos banquetes de los señoriales barrios cercanos.

Cuando se construyó el Acceso Principal del Cerro Santa Lucía, tras expropiar las casas de los faldeos, la ensoñación fue ya completa y Santiago tuvo entonces un corazón que latía al pulso de París. Neoclásica, pero con la fluidez casi líquida de las escalinatas barrocas, la obra de Víctor Villeneuve en el Santa Lucía, de doble curva que se derrama ligando distintos niveles desde el notable arco del triunfo romano que con cúpula preside el conjunto, será el mejor escenario urbano de la ciudad, la obra de arte más monumental de todo Chile. Refleja muy bien el momento. Nunca es más fuerte que entonces el ansia de aristocrático aislamiento, el culto a la distancia que distingue, la pasión por el refinamiento, el deseo de un entorno artístico exquisito –son los años del Art Nouveau– que aleje las sombras grises que oscurecen el futuro.

En esa misma década, que va desde el 900 al Centenario, la ciudad exhibe el adelanto de los tranvías eléctricos, sin el cual la modernidad no existía.

Eso sí, no olvidemos que las grandes obras son hitos, monumentos aislados, fachadas selectas en unas pocas manzanas. En el contexto mayor, sigue siendo una ciudad de América Latina, a pesar de tanto esfuerzo por desembarcar en Europa.

Pero es una ciudad, lo que no es poco decir. En la Quinta Normal de Agricultura, en la Alameda de las Delicias, en la Plaza de Armas, en el Cerro Santa Lucía, será dable encontrar al caballero y al «roto». No mezclados pero, al menos, en el mismo espacio.

El año 1910 será de fiesta, no sólo una festividad oficial. Chile vibrará ante un futuro claramente distinto al polvoriento pasado. Fueron muchos los historiadores, los ensayistas, los antropólogos, los geógrafos incluso, que apresuraron sus trabajos con el firme propósito de darlos a conocer en ese año. Y ese espíritu, que recorre entonces el país, también asomará en las residencias particulares, contagiados todos –como nunca antes– por el ansia de llegar a otro estado, a otra categoría. Lo que es especialmente notorio en la calle Dieciocho. Hasta el «roto» tendrá su homenaje destacado, su hora de celebridad, con el monumento escultórico de Virginio Arias que, consagrado con Mención de Honor en el Salón de París, se instala en la Plaza Yungay.

El Centenario encuentra a la Calle Merced con otros aires. La que fuera el núcleo residencial aristocrático de la Colonia –«La Calle de los Condes y Marqueses» –se está transformando en vía comercial; aunque en ella convivan construcciones neoclásicas, como entre Teatinos y Morandé, con las escasas obras de la Colonia entre las cuales destaca la Casa Colorada, que a esa fecha aún se mantiene como vivienda gracias al tesón de los descendientes de Mateo de Toro Zambrano y Ureta.

La Calle Estado, en cambio, se perfilaba por su comercio elegante e indiscutido: desde el Edificio Comercial Edwards junto a la plaza, hasta llegar al espectacular neogótico de la familia Undurraga en la esquina de

la Alameda, pasando por el epicentro que era Gath y Chaves –«The Chilian Store» (sic)– en la esquina con Huérfanos, las vitrinas se sucedían con sus maderas finas y su iluminación «feérica», como se decía. Sólo Ahumada, superior según muchos, podía hacerle sombra.

El Parque Forestal, el mayor lujo urbano con que Santiago recibió el Centenario, tardaría un poco en formar la cubierta de copas cuya sombra sería célebre. Los adolescentes de entonces, que paseaban por ahí –futuros Premios Nacionales de Literatura como Manuel Rojas y José Santos González Vera, y el que sería el famoso doctor Sergio Atria– solucionaban esa falta con sencillez: metiendo la cabeza en la acequia, para mojarse el pelo...

La Plazuela Vicuña Mackenna había sido formada en una sola noche, en 1901, porque el alcalde no estaba de acuerdo con la idea de ubicar ahí el Museo de Bellas Artes. Aunque con un nacimiento tan artificial, quedó como antesala del Santa Lucía, rincón para estar en el cerro sin subirlo, rodeado entonces de bajas construcciones, muy pintorescas algunas.

En la Alameda, a la altura de Lord Cochrane, la Casa Calvo Badilla en la esquina poniente y la primera Casa Meiggs en la esquina oriente, contribuyen a crear la imagen soñada del «París Americano».

Al otro lado de la ciudad, en la Avenida de la Independencia, el francés Emil Doyère recién había restaurado en 1890 la Iglesia del Arcángel San Rafael, del Convento del Carmen Bajo, conservando su estructura que databa de 1770. La torre la agregó Fermín Vivaceta, dejándole arriba una cúpula visible en todo Santiago Norte.

Hacia el poniente, el hito mayor era indiscutidamente la Estación Central: Chile la había exhibido en la Exposición Panamericana de 1901 en Estados Unidos, y el medio de transporte era ya el principal en este «país ferroviario». Cada viaje era una verdadera fiesta, a la que se llegaba con guardapolvos de tusor para protegerse del carboncillo y de las chispas, comenzando todo en el enorme bar de la estación donde se podía tomar una copa de Moet Chandon o de Veuve Cliquot. Su presencia ennobleció todo un barrio, comenzando por la vecina Calle Bascuñán Guerrero que, en la esquina de la Alameda, competía en rango con cualquiera.

Era un Chile nuevo, y al Palacio de la Moneda, en 1920, llegaba por primera vez un «revolucionario» que traía tras de sí todo el apoyo de los obreros industriales, los intelectuales, los salitreros y los obreros del carbón: Arturo Alessandri Palma. Nadie lo tenía muy claro entonces, pero su presencia era el comienzo del fin del Chile afrancesado, aristocratizante, europeizante. Llegaban los nuevos tiempos, con mayor presencia de las masas, y decadencia de las élites cerradas.

La esquina de Ahumada y Huérfanos era muy concurrida. En las inmediaciones estaba el célebre Bar Roxi, que inició su camino hacia la fama con sus whisky-sours con limones de Pica. Los sucesos del día –el peligro de los soviets rusos, el anarquismo...– eran ahí tratados con festiva distancia. También era muy solicitada, y por ambos sexos, la Pastelería de Benito Camino, en la misma esquina, donde una copa de oporto o jerez facilitaban el consumo de los dulces. Ahí se recuperaban las damas del cansancio de comprar, según Vicente Grez, comentando que habían llegado baberos para guaguas desde Londres o Bruselas, a 150 pesos: «Y se vendían...»

La esquina de Estado y Huérfanos era la de los jóvenes. En la acera se detenían a esperar el paso de las bellezas; las hijas de Joaquina Fernández Concha –y sus privilegiadas amigas– por vivir ahí mismo, en gran mansión, en los altos de una peluquería, sólo necesitaban asomarse al

balcón para ser celebradas.

Huérfanos era la tercera de las calles más solicitadas. En buena parte, gracias a la joven, buenamoza y elegante Madame Chessé, cuyo apellido, incluso, era admirado. Casada con un compatriota suyo, Monsieur Pra, abrió la célebre Casa Pra que sería el centro de la moda por varios años.

La otra atracción de la calle era el local del anticuario Eckart, de enormes subterráneos, donde se encontraba lo que se quisiera de los siglos coloniales, desde santos hasta muebles, todo lo cual no tenía entonces mayor demanda: no venía de París. Era también la calle de las librerías: la de Monsieur Raymond, la de Monsieur Guy, la de Monsieur Ducheilar, de literatura y revistas, diarios incluso, para estar al día sobre el mundo del Gran Mundo.

Los jóvenes compraban las novelas románticas todavía y, como si estuvieran en los Campos Elíseos de París, podían leerlas junto a la Laguna del Parque Forestal. En los días de primavera, con un sol suave y la brisa leve rizando el agua, era un fiesta para los sentidos.

Los fines de semana se podía culminar el paseo del parque en un panorama mayor: alcanzando a la Plaza Italia –embellecida por la estatua donada por la colonia italiana para el Centenario– tomaba uno el trencito a Pirque, y gozaba de las bondades del aire de montaña. Algo muy necesario, decían los médicos, para renovar los pulmones que, en medio de la urbe ajetreada, no se expandían lo necesario en la semana... Ahí se olvidaba uno de todo. Lejos quedaba el lunes, el trabajo, los negocios, y ese enorme reloj que ostentaba la Bolsa de Comercio –en su flamante edificio de 1917– que parecía decir que, en los nuevos tiempos, el tiempo es dinero.

Los bares, el Museo, el Club, eran los refugios para el hombre que quería una existencia distinta.

Y, desde 1924, la majestuosa Biblioteca Nacional, que parecía un enorme monumento al libro. Construida con la novedad del hormigón armado, el respeto a la cultura se evidenció en la selección de materiales, lo mejor entre los edificios públicos de la ciudad, tanto el mármol como las maderas, la herrería o las pinturas murales, todo escogido como para un palacio residencial.

Esa arquitectura, tan fiel a la tradición de la Ecole des Beaux Arts de París, seguía siendo entonces, ya culminado el primer cuarto de siglo, la preferida de la sociedad santiaguina. Persistencia que tenía una ventaja: luego de tantas décadas, podía uno encontrar coherencia, diálogo entre las obras, una atmósfera común en todas las calles: desde la propia Plaza de Armas, con su señorial Palacio del Arzobispado, de pesadas y graves columnas, hasta el Club de la Unión, obra muy contemporánea también –de 1925, del arquitecto Alberto Cruz Montt, quien no desmentía sus estudios en París– una joya refinada que parecía, finalmente, un tributo de la sociedad chilena al arte y refinamiento franceses.

Habían pasado 75 años desde la llegada a Chile de Brunet des Baines y la lección había sido plenamente asimilada: ahora era Cruz Montt, un hijo de esta tierra, el que manejaba con soltura perfecta el lenguaje de esa arquitectura. Lo mismo podía decirse del edificio del Diario Ilustrado, luego Intendencia Metropolitana, del arquitecto también chileno Manuel Cifuentes, con su versión muy similar de un edificio del norte de Francia.

Los tiempos cambian, las órdenes religiosas deciden abandonar un centro urbano que ya no tiene paz. Las Agustinas abrirán sus patios y en ellos se construye la Bolsa, el primer rascacielos chileno –el Edificio Ariztía– y el Hotel Mundial, de 1923, también de arquitectos nacionales, Schade, Oyarzún

Philippi y Cía. Es el nuevo centro financiero de la ciudad.

Los franciscanos por su parte, proceden de igual forma y sus patios dejan paso al barrio París-Londres, cuyo trazado es evocación de las ciudades medievales europeas, de calles curvas y cortas, y arquitectura variada pero homogénea, con rincones para ocultar una pequeña plazoleta. Son las ideas de Camilo Sitte, respuesta nostálgica frente a las ciudades que se hacen gigantescas e inhumanas.

Son el último adiós a un mundo. Porque si recorremos la ciudad en 1930, ya se advierte el ingreso masivo del automóvil, agente que cambiará la forma de la ciudad, su aire, su silencio e incluso la pintura de los muros, oscureciéndola. Se aglomeran los vehículos en las ocho manzanas céntricas; no son tantos, pero todos van por las mismas calles. Y vemos que no son paseantes los que deambulan por Estado o Huérfanos, sino empleados, comerciantes, que apuran el paso para cumplir sus funciones.

Si miramos la Alameda hacia el poniente, nos sentiremos ya en una ciudad del Siglo XX. Hacia el oriente, ha comenzado a surgir «el barrio-jardín», que será el signo del nuevo mundo residencial por varias décadas. La ciudad irá cambiando desde entonces, demoliendo gran cantidad de hitos y mansiones, y sólo se salvarán algunas contadas excepciones.

Como el Club Hípico, diseñado por Josué Smith Solar, arquitecto que volviera a Chile tras recorrer gran parte de Europa, dibujando casas de inspiración medieval, pero aplicándoles fantasía: como las que él mismo proyectó para familias de Viña del Mar, Papudo y Zapallar.

Este club lo trabajó inspirándose en el Hipódromo de Longchamps, de París, y se inauguró en 1923. Curiosamente, el lugar había sido testigo de la asomada de los nuevos tiempos: desde la venida de un aviador para las Fiestas del Centenario, que «raudo, surcó los aires en un veloz Bleriot», hasta los primeros ensayos del aviador chileno Luis Acevedo.

Ahí se realizaron las Fiestas de los Estudiantes, los que venían en comparsas disfrazadas desde la Plaza de Armas, siguiendo a los carros alegóricos, para culminar con el gran baile al que llegaban 20 ó 30 mil personas. Hasta que los jóvenes de clase media se aburrieron de que cada año se escogiera a una rubia de ojos azules o verdes, una niña como europea, y la disputa puso fin a esta tradición.

El nuevo Chile, no oligárquico, no aristocratizante, no europeizante, exigía su espacio. Las siguientes décadas, los años 40, 50, serían testigos de su auge. El París Americano llegó entonces a su fin. No debe olvidarse que la sociedad conservadora miró hacia Francia, pero también los liberales afrancesados, e incluso hasta los anarquistas en las salitreras que leían con devoción a Edgar Fauré. No fue un fenómeno siútico; fue todo Chile el que había optado por ese modelo. Simplemente, terminada la Independencia, e incapaz el país de idear un camino propio –lo que era lógico, y ha sucedido siempre en la historia–, buscó un arquetipo. Y era Francia, la de las ideas políticas nuevas, la de la literatura progresista, la que novelaba la historia con Dumas y la ciencia con Julio Verne, la que inventaba los paseos y bulevares urbanos, la que tenía los pintores más revolucionarios y la moda más elegante, y también la mejor gastronomía, sin hablar del idioma del amor y la poesía. Francia era todo y nadie lo discutió.

De ese amor de Chile, amor de fértiles ochenta años, amor de nuestro primer siglo republicano y algo más, las imágenes de este libro quedarán como histórico testimonio.

Miguel Laborde

SANTIAGO
1850 - 1930

1850

Plaza de Armas

1862

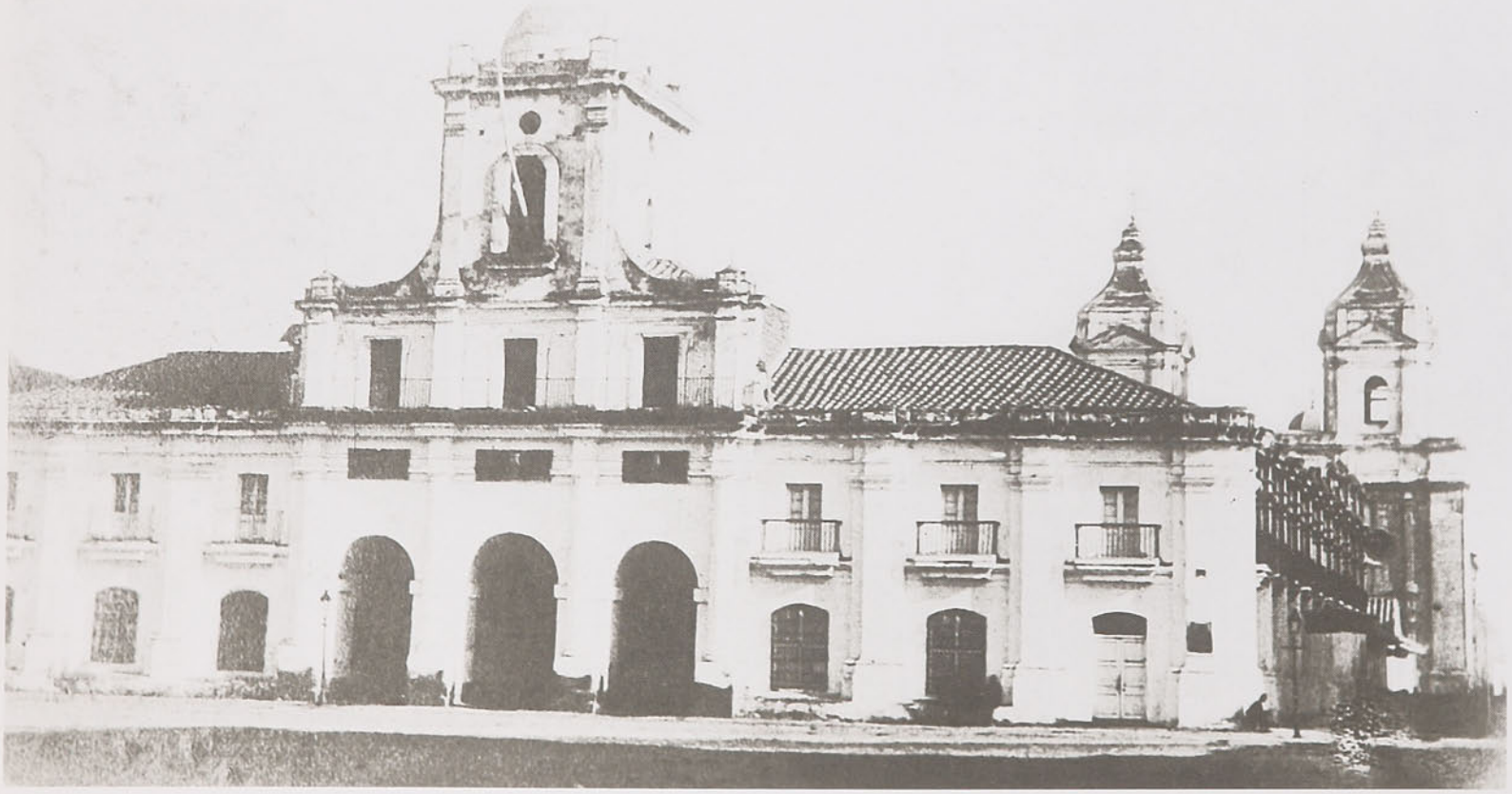
Alameda de las Delicias. Al fondo, Iglesia de San Francisco

1862

Alameda de las Delicias

1870

Palacio Consistorial de Santiago en la Plaza de Armas

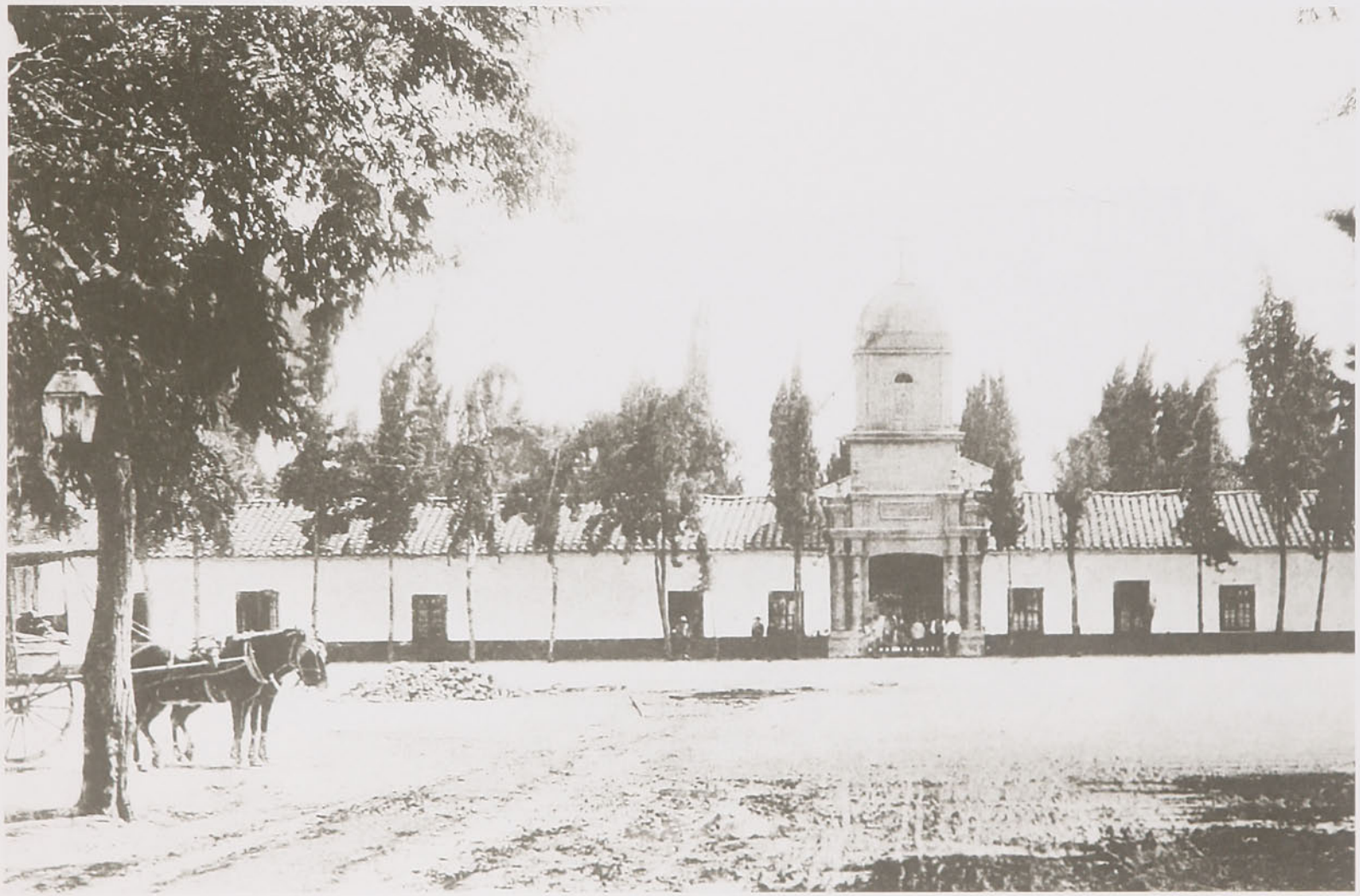


1875

Tribunales de Justicia

1878

Cementerio General



1879

Puente de Cal y Canto

1880

Acera norte de la Plaza de Armas

1880

Plaza de Armas y su costado oriente

1880

Teatro Municipal. Al fondo, Cerro de Santa Lucía

1880

Alameda de las Delicias esquina Calle Lastarria

1880

Palacio de Gobierno en Calle Moneda

1880

Calle de La Compañía esquina Ahumada

1882

Plaza de Armas

1885

Plaza de Armas, fachada oriente

1885

Alameda de las Delicias esquina Calle Carmen

1890

Iglesia de San Francisco

1890

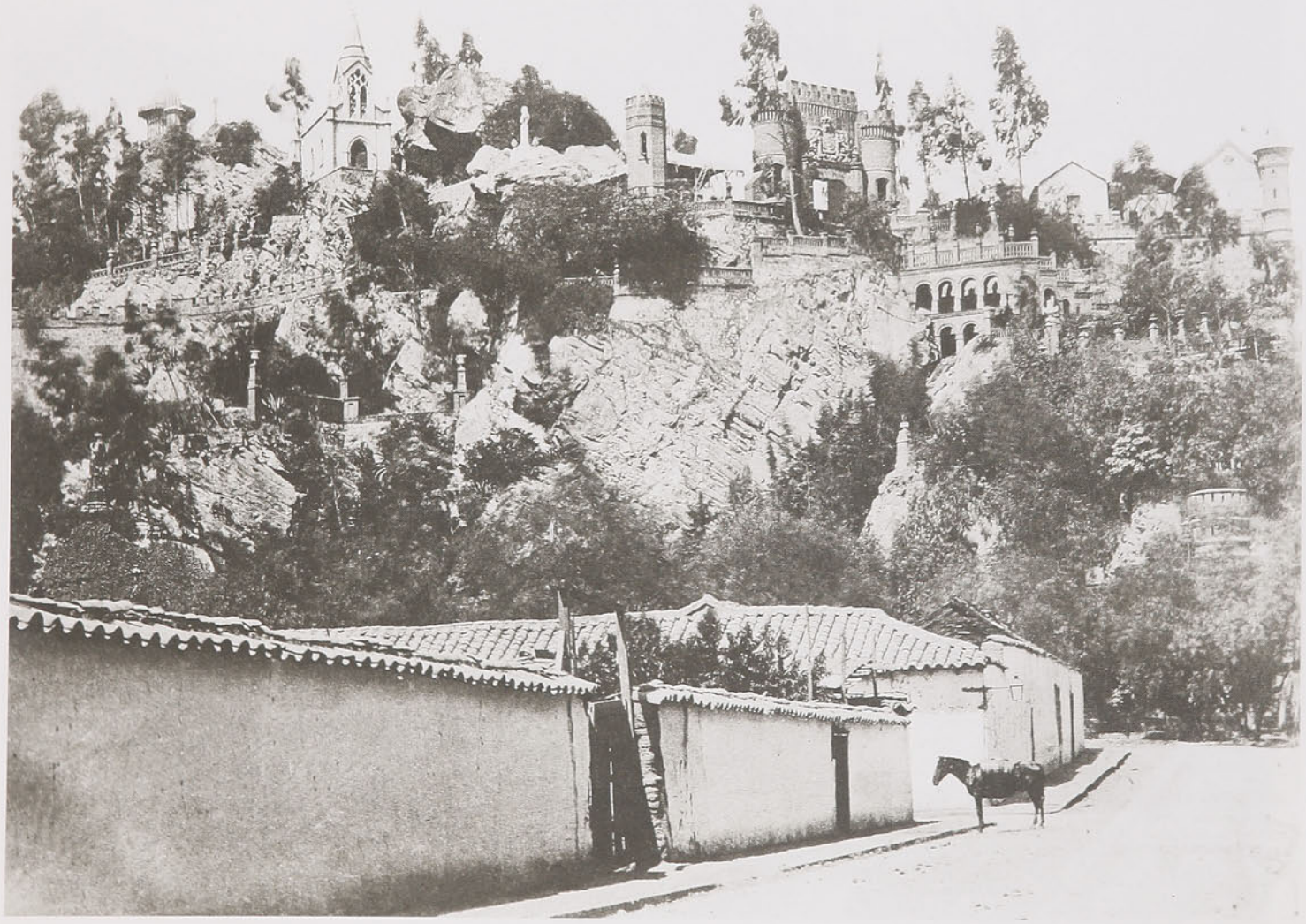
Calle de Ahumada, hacia el sur

1890

Casa Central de la Universidad de Chile

1890

Cerro de Santa Lucía desde Calle de la Moneda



1890

Camino de Cintura Sur - Avenida Matta

1890

Estación Central

1890

Iglesia de San Ignacio

en calle Alonso Ovalle

1895

Iglesia de la Veracruz en Calle Lastarria

1895

Bandejón central de la Alameda de las Delicias

1895

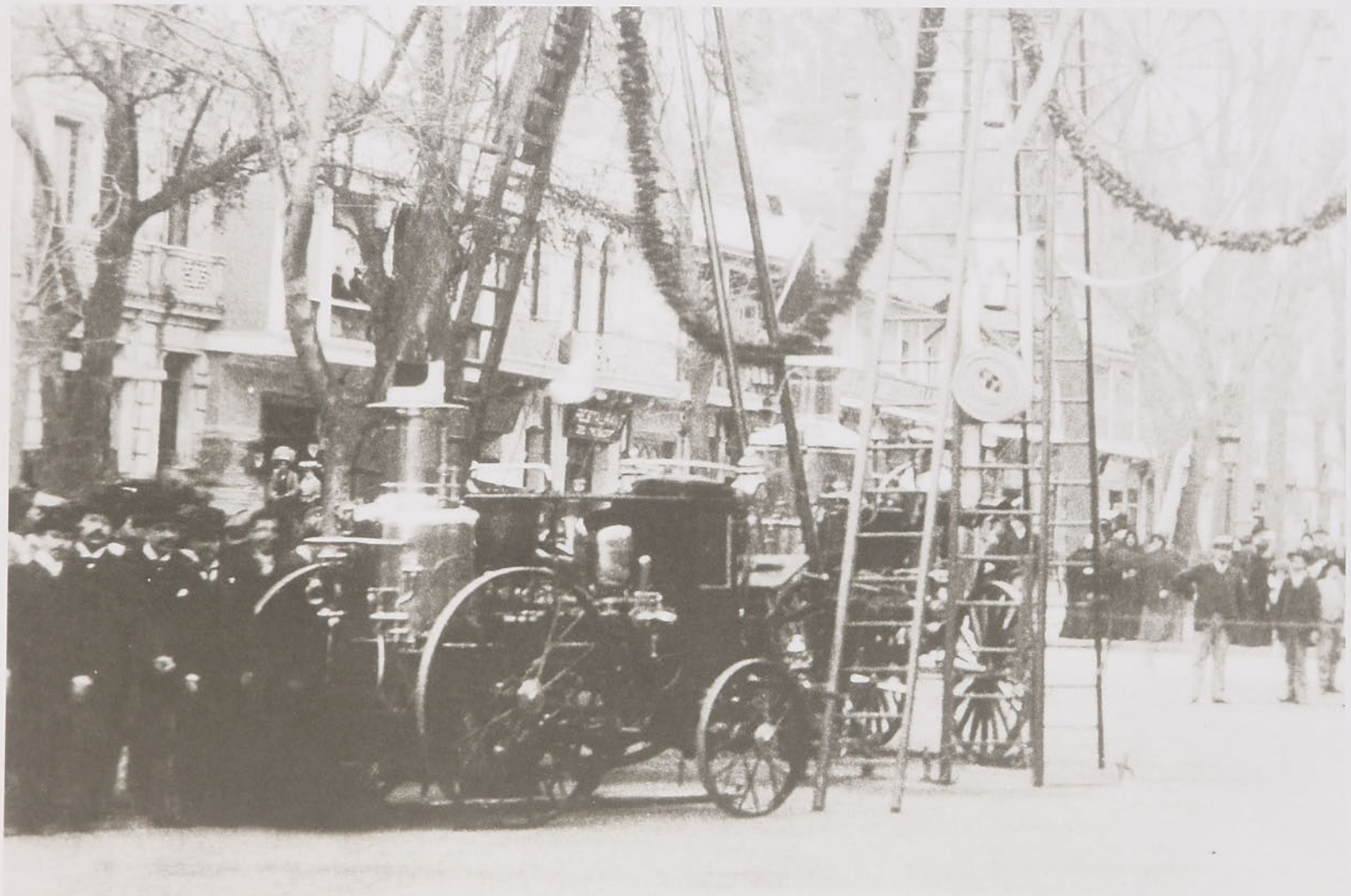
Calle del Estado desde la Plaza de Armas

1895

Mercado Central, en Mapocho esquina Calle del Puente

1900

Ejercicio del Cuerpo de Bomberos



1900

Universidad Católica de Chile

1900

Madre, hija y abuela regresan de la Iglesia de San Francisco

1900

Pérgola de las Flores de San Francisco

1900

Calle Huérfanos esquina Calle del Estado

1900

Centro de Santiago

1900

Calle de las Agustinas, hacia el oriente

1900

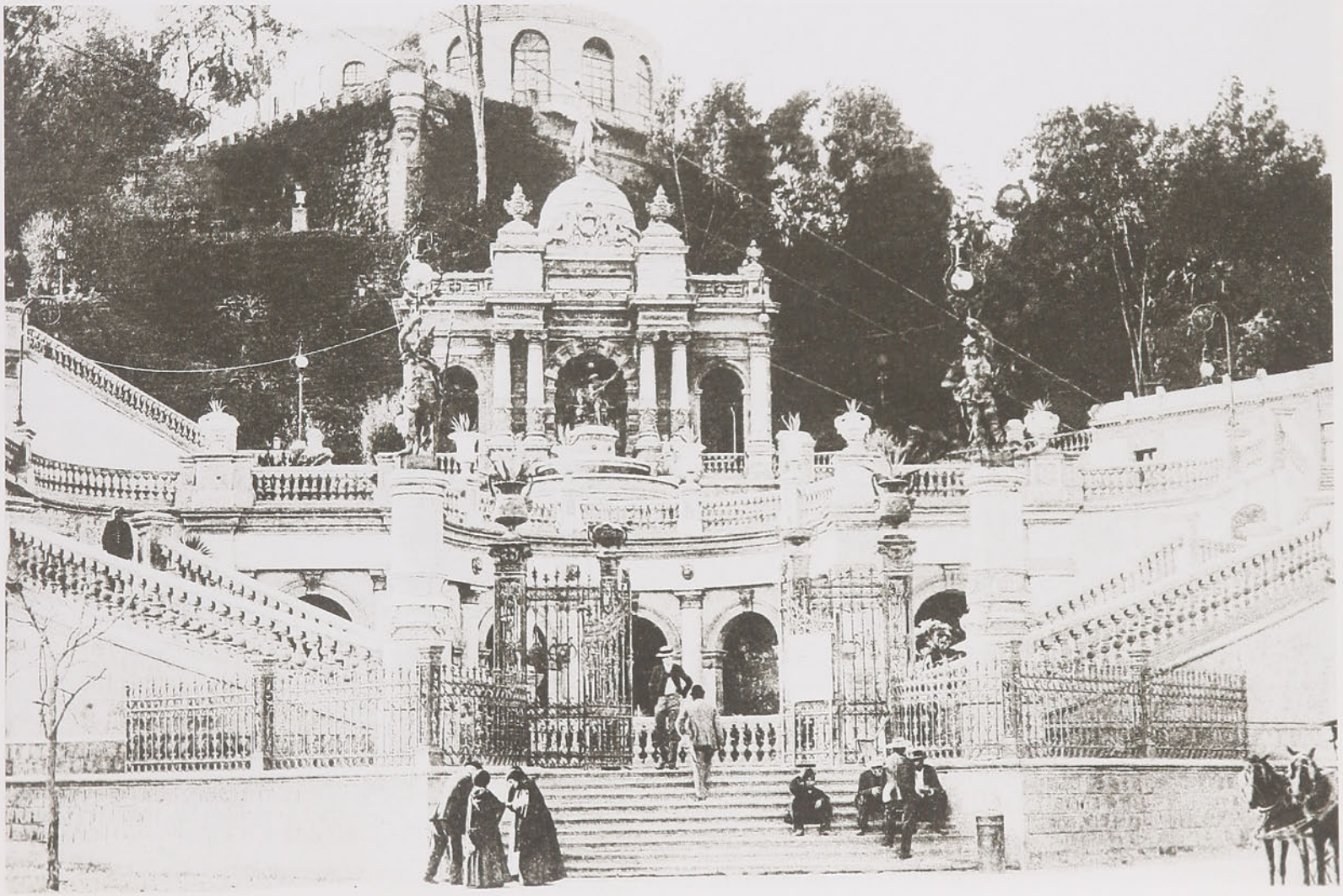
Avenida del Ejército, hacia el sur

1900

Portal Edwards en la Alameda de Las Delicias

1903

Acceso monumental del Cerro Santa Lucía



1910

Tranvía eléctrico

1910

Vista del centro de Santiago desde Avenida San Pablo

1910

Laguna del Parque Cousiño

1910

Calle Dieciocho esquina Alameda

1910

Plaza Yungay, Santiago poniente

1910

Parque Forestal

1910

Ministerio de Guerra y Marina frente al Palacio de la Moneda

1910

Calle Moneda esquina Morandé

1910

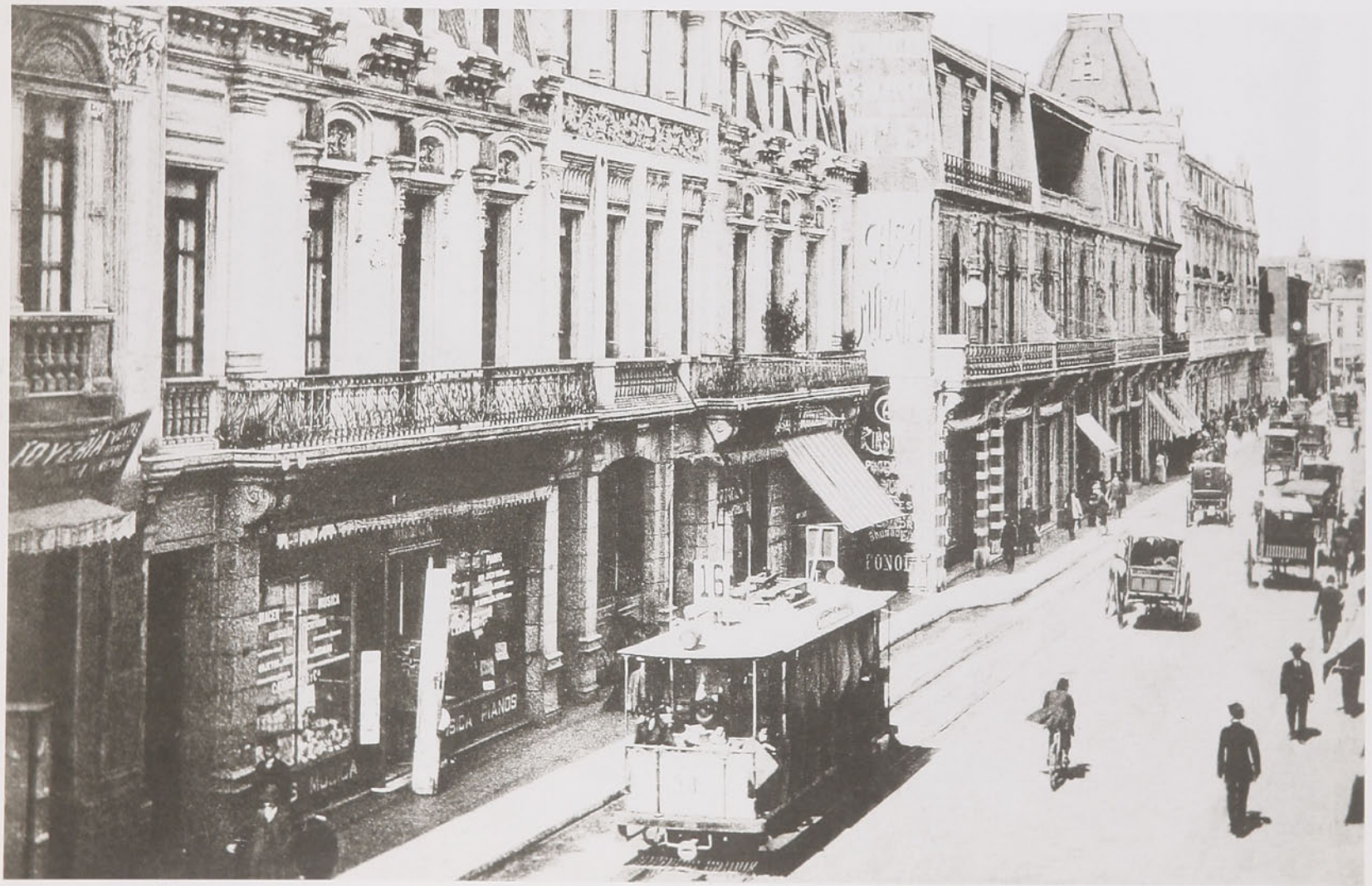
Calle de la Merced

1910

La Casa Colorada en calle de la Merced

1910

Calle Ahumada en el centro de Santiago



1910

Calle Ahumada, desde Agustinas

1915

Calle Ahumada, hacia la Plaza de Armas

1915

Fachada de la Universidad de Chile

1915

Alameda altura Calle Lord Cochrane

1915

Plazuela Vicuña Mackenna

1920

Vista de Santiago hacia el nororiente

1920

Laguna del Parque Forestal, frente al Museo de Bellas Artes

1920

Puentes metálicos del Río Mapocho

1920

Terminal de tranvías en Plaza Venezuela, a orillas del Mapocho

1920

Avenida de la Independencia e Iglesia del Convento del Carmen Bajo

1920

Transporte colectivo «Tagua»

1920

Estación Central - Plaza Argentina

1920

Estación Mapocho

1920

Calle Bascuñán Guerrero

1920

Alameda de las Delicias esquina Bascuñán Guerrero

1920

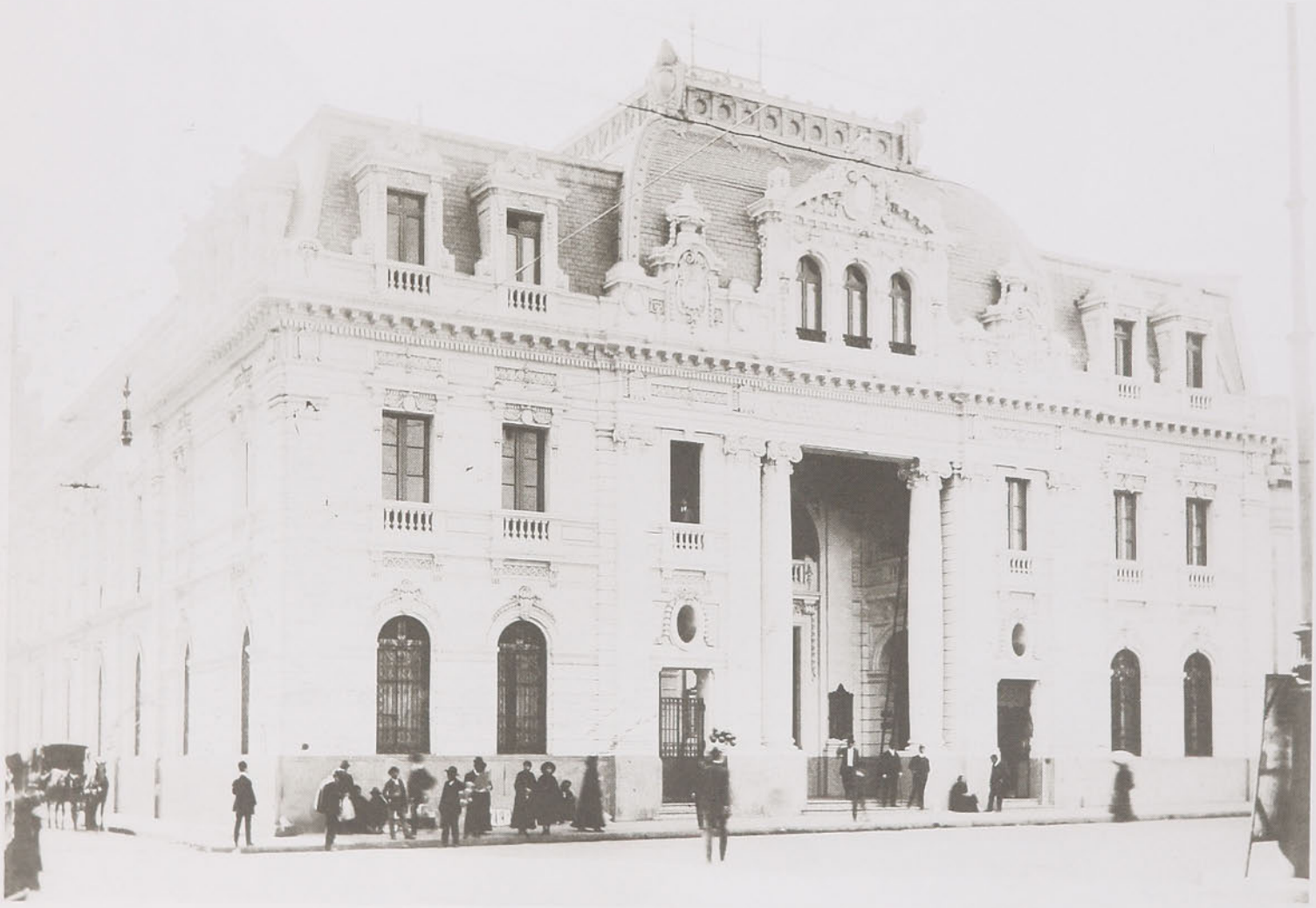
Palacio de la Moneda

1920

Congestión en la Calle del Estado

1920

Edificio de Correos de Chile



1920

Monjitas esquina de Calle 21 de Mayo

1920

Calle Ahumada con Huérfanos

1920

Calle Huérfanos

1920

Plaza Italia. A la derecha el león alado,
regalado por la colonia italiana a la ciudad de Santiago

1920

Plaza Italia - Estación Pirque

1923

Bolsa de Comercio de Santiago

1923

Alameda esquina de Calle Carmen

1925

Edificio de la Biblioteca Nacional

1925

Boletera de tranvía

1927

Plaza de Armas, acera poniente

1927

Calle Moneda

esquina Morandé

1929

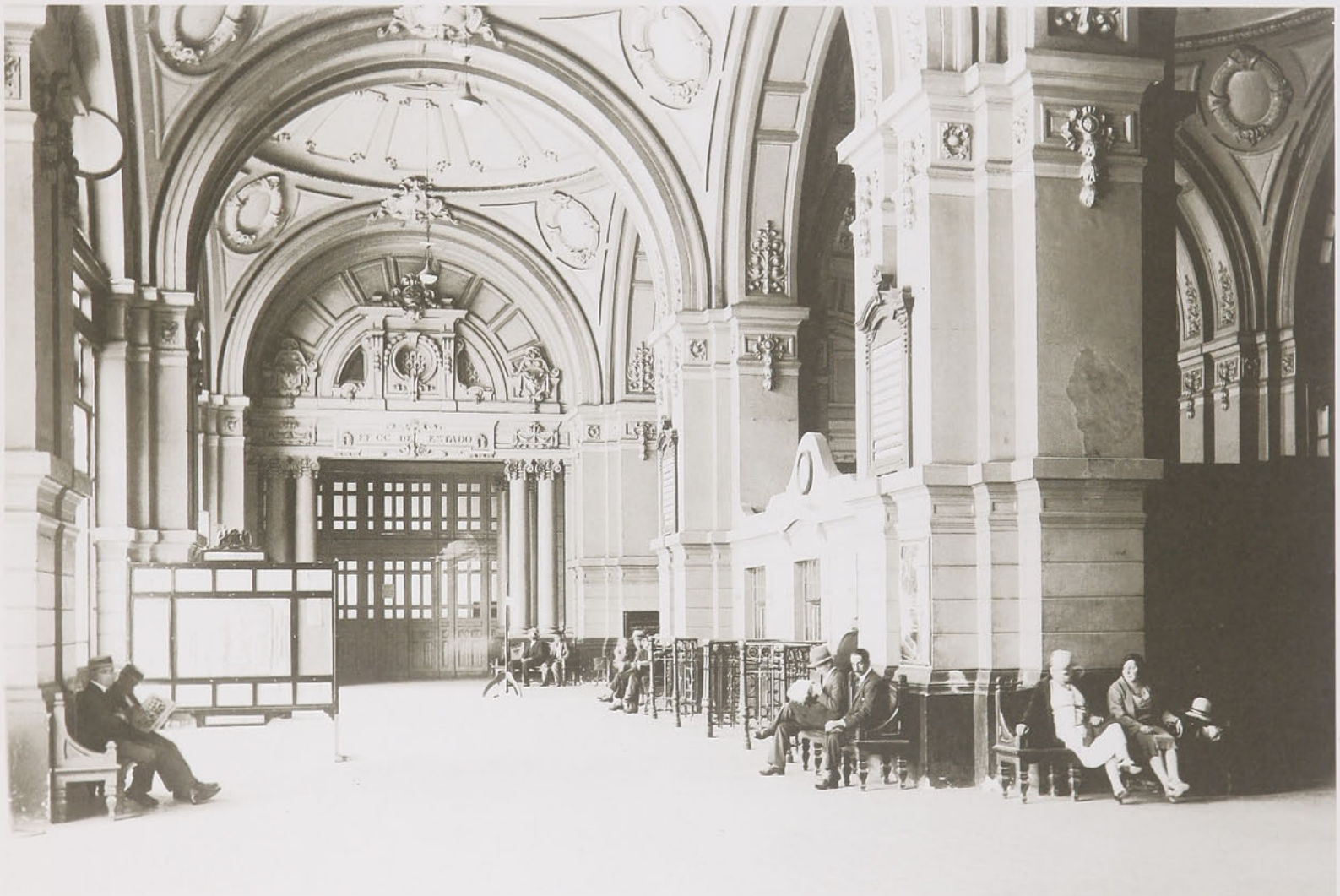
Vista de Santiago, desde el campanario de San Francisco

1927

Edificio del Club de la Unión

1930

Sala de Espera de la Estación Mapocho



1930

Intendencia Metropolitana y Palacio de la Moneda

1930

Alameda de las Delicias a la altura de Dieciocho

1930

Hotel Mundial
en Moneda esquina Nueva York

1930

Calle Ahumada esquina de Huérfanos

1930

Café Richmond
en Calle Ahumada

1930

Ahumada esquina Compañía

1930

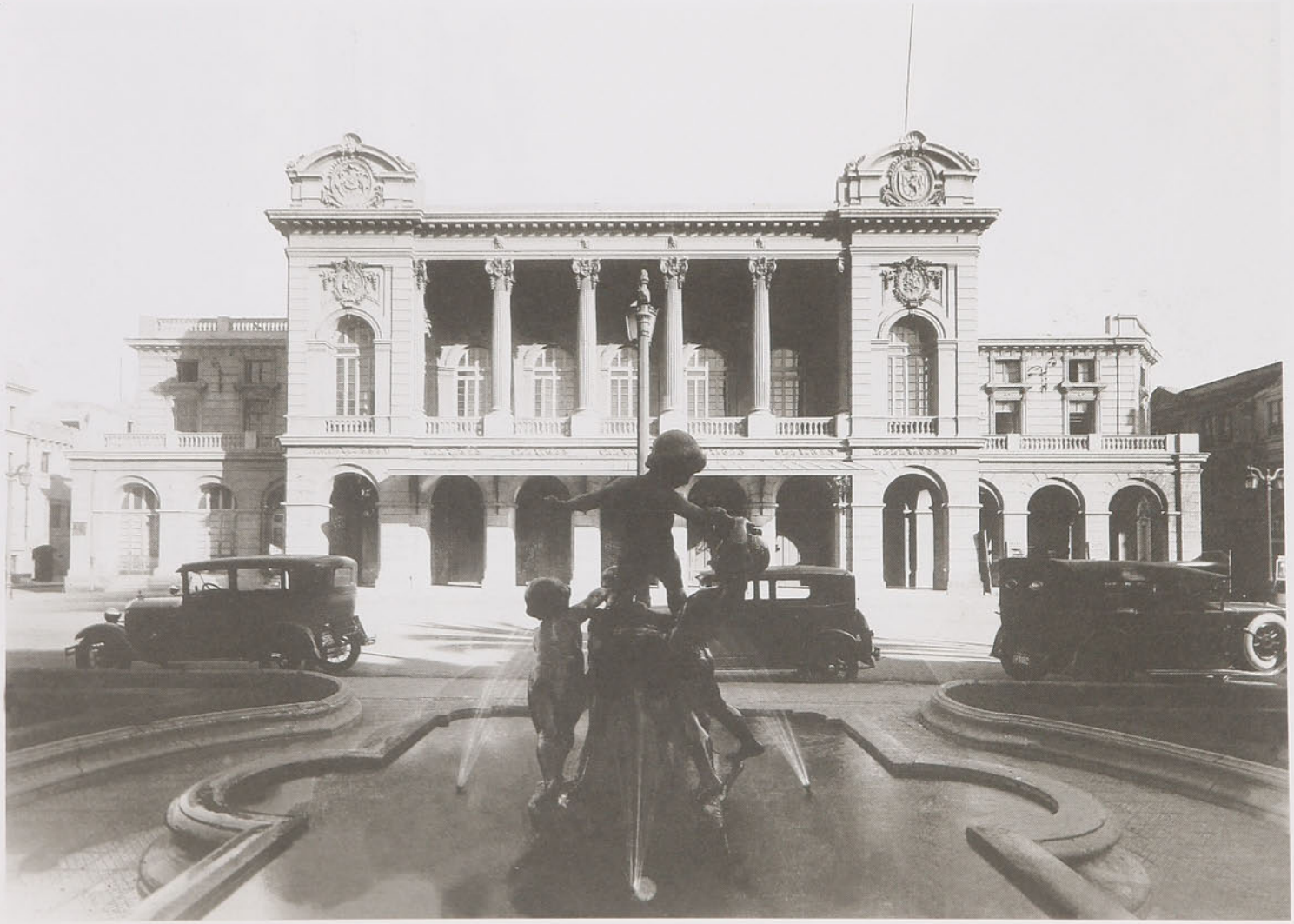
Teatro Real en Calle Compañía

1930

Campanario de la Catedral en la Plaza de Armas

1930

Teatro Municipal



1930

Calle Paris

1930

Alameda esquina Londres

1930

Cerro Santa Lucía

1930

Tiempos Modernos

1930

Plaza Italia

1930

Vista de la Alameda hacia el poniente

1935

Club Hípico de Santiago

Indice de Fotografías

1850 Plaza de Armas 21
1862 Alameda de las Delicias 22
1862 Alameda de las Delicias 23
1870 Palacio Consistorial de Santiago 24
1875 Tribunales de Justicia 25
1878 Cementerio General 26
1879 Puente de Cal y Canto 27
1880 Acera norte Plaza de Armas 28
1880 Plaza de Armas y su costado oriente 29
1880 Teatro Municipal 30
1880 Alameda de las Delicias esquina Calle Lastarria 31
1880 Palacio de Gobierno en Calle Moneda 32
1880 Calle de la Compañía esquina Ahumada 33
1882 Plaza de Armas 34
1885 Plaza de Armas, fachada Oriente 35
1885 Alameda de las Delicias esquina Calle Carmen 36
1890 Iglesia de San Francisco 37
1890 Calle de Ahumada, hacia el sur 38
1890 Casa Central de la Universidad de Chile 39
1890 Cerro Santa Lucía desde Calle de la Moneda 40
1890 Camino de Cintura Sur - Avenida Matta 41
1890 Estación Central 42
1890 Iglesia de San Ignacio 43
1895 Iglesia de la Veracruz 44
1895 Bandejón Central de la Alameda de las Delicias 45
1895 Calle del Estado desde la Plaza de Armas 46
1895 Mercado Central en Mapocho esquina Calle del Puente 47
1900 Ejercicio del Cuerpo de Bomberos 48
1900 Universidad Católica de Chile 49
1900 Madre, hija y abuela regresan de San Francisco 50
1900 Pérgola de las Flores de San Francisco 51
1900 Calle Huérfanos esquina Calle del Estado 52
1900 Centro de Santiago 53
1900 Calle de las Agustinas 54
1900 Avenida del Ejército hacia el sur 55
1900 Portal Edwards 56
1903 Acceso monumental del Cerro Santa Lucía 57
1910 Tranvía eléctrico 58
1910 Vista del centro de Santiago desde San Pablo 59
1910 Laguna del Parque Cousiño 60
1910 Calle Dieciocho esquina de la Alameda 61
1910 Plaza Yungay, Santiago poniente 62
1910 Parque Forestal 63
1910 Ministerio de Guerra y Marina 64
1910 Calle Moneda esquina Morandé 65
1910 Calle de la Merced 66
1910 La Casa Colorada en calle de la Merced 67
1910 Calle Ahumada, Santiago centro 68
1910 Calle Ahumada desde Agustinas 69
1915 Calle Ahumada 70

1915 Fachada de la Universidad de Chile 71
1915 Alameda altura Calle Lord Cochrane 72
1915 Plazuela Vicuña Mackenna 73
1920 Vista de Santiago hacia el nororiente 74
1920 Laguna del Parque Forestal 75
1920 Puentes metálicos del Río Mapocho 76
1920 Terminal de tranvías 77
1920 Avenida de la Independencia e Iglesia del Carmen 78
1920 Transporte colectivo «Tagua» 79
1920 Estación Central, Plaza Argentina 80
1920 Estación Mapocho 81
1920 Calle Bascuñán Guerrero 82
1920 Alameda de las Delicias esquina Bascuñán Guerrero 83
1920 Palacio de la Moneda 84
1920 Congestión en la Calle del Estado 85
1920 Edificio de Correos de Chile 86
1920 Monjitas esquina Calle 21 de Mayo 87
1920 Calle de Ahumada con Huérfanos 88
1920 Calle Huérfanos 89
1920 Plaza Italia 90
1920 Plaza Italia - Estación Pirque 91
1923 Bolsa de Comercio de Santiago 92
1923 Alameda esquina Calle Carmen 93
1925 Edificio de la Biblioteca Nacional 94
1925 Boletera de tranvía 95
1927 Plaza de Armas, acera poniente 96
1927 Calle Moneda esquina Morandé 97
1927 Vista de Santiago desde San Francisco 98
1929 Edificio del Club de la Unión 99
1930 Sala de Espera de la Estación Mapocho 100
1930 Intendencia Metropolitana y Palacio de la Moneda 101
1930 Alameda de las Delicias a la altura de Dieciocho 102
1930 Hotel Mundial 103
1930 Calle Ahumada esquina de Huérfanos 104
1930 Café Richmond en Calle Ahumada 105
1930 Ahumada esquina Compañía 106
1930 Teatro Real en Calle Compañía 107
1930 Campanario de la Catedral en la Plaza de Armas 108
1930 Teatro Municipal 109
1930 Calle París 110
1930 Alameda esquina Londres 111
1930 Cerro Santa Lucía 112
1930 Tiempos Modernos 113
1930 Vista de la Alameda hacia el poniente 114
1930 Plaza Italia 115
1935 Club Hípico de Santiago 116

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION, ADQUISICION Y CONTROL
15 DIC 1997
DEPOSITO LEGAL
SECC. CHILENA

ISBN 956-201-363-4
9 789562 013635

Las fotografías que presentamos en este libro son parte de las más de quinientas mil que componen el archivo fotográfico de la Universidad de Chile. Algunas fueron exhibidas en el invierno de 1995, en la exposición «La casa se llena de fotos» realizada por la Corporación de Graduados y Profesionales de esa casa de estudios.

Las imágenes que componen este libro nos permiten apreciar con nostalgia gran parte del Santiago que se fue: casas, portales, edificios y plazas que vieron y vivieron nuestros abuelos; lugares de los cuales muchas veces oímos hablar, pero que en gran parte fueron demolidos en aras de un progreso que a veces es difícil de entender.

El texto de Miguel Laborde que introduce estas fotos nos da a conocer la forma de vida del santiaguino del centenario y, al mismo tiempo, nos permite apreciar y valorar ochenta años fundamentales en la vida de esta ciudad.

DOLMEN
EDICIONES